

DESAZÓN ANTE LOS

Recuerdo el caso de un convertido, que cuando vio por vez primera una Misa se maravillaba de la paciencia del sacerdote «porque cuando el niño que le ayudaba quitó el Misal del lado derecho y lo puso al izquierdo, se avino él a seguir leyendo allí sin molestarse especialmente por ello». Y entre la Consagración y la Comunión — el núcleo más estrictamente sacramental de la Misa —, los toques de campanilla se multiplicaban, genuflexiones frecuentes, gente que se acerca y recibe en la misma boca algo insignificante que no se aprecia bien desde atrás... Indudablemente que a él y a toda persona que ha vivido en un ambiente alejado de la Iglesia, le tiene que resultar todo

esto sumamente raro. Y desde luego los ornamentos algo ininteligible, cada movimiento un sin sentido...

Con la confesión ocurre otro tanto. El sacerdote espera bien incómodo. Sentado en un confesonario — que como asiento hemos de reconocer no es de lo más normal —. Llega un penitente, supongámosle ladrón y más o menos criminal, y porque cuenta allí sus cosas con verdadero sentimiento y escucha unas palabras latinas que no entiende, puede irse con la conciencia plenamente en paz. Sin ningún redimirse a sí mismo especialmente costoso. Según todos los indicios sin ningún corte profundo en lo psicológico y lo temperamental de su vida.



SACRAMENTOS

Andrés M.^a Tornos S. I.

¿No parece contradecir esto a la sana religiosidad?

Sin duda ninguna que sí. Al menos a primera vista. Y además la vivencia religiosa parece que ha quedado unida a unas cuantas exterioridades minuciosas y pesadas que no se ve cómo vienen a cuento. Casi diríamos pérdida en unos pocos ritos la profundísima intimidad de mi conciencia ante el Padre y su camino, Cristo, que es lo que sustancialmente debería ser mi cristianismo. Mi alma, es verdad, ha salido sin culpa, pero se ha quedado vacía.

Porque, al fin y al cabo, esos manejos exteriores acompañados de palabras ininteligibles, ¿qué sabor tienen para mi alma? ¿No es crearme muy niño o muy ingenuo el pensar alimentar mi religiosidad con ese poco de teatro sin argumento? ¿No significa todo eso romper la jerarquía de los valores cristianos, que quieren ante todo la adoración en espíritu y en verdad? ¿No es — al menos — una concepción de lo religioso menos acertada y que da ocasión a despreciar la religión?

Pues bien: si los sacramentos son este enfoque menos recto de lo religioso que antepone lo exterior a lo interior y a una persona de cultura universitaria le dan ocasión para desestimar la religión, dan ocasión a un pecado: y por lo tanto caen de lleno en la tradicional definición de escándalo, que Santo Tomás formulaba así: «Dicho o hecho menos recto, que da a otros ocasión de pecado». Ésta es una acusación tremenda y vale la pena estudiarla despacio.

Para ello formulemos ahora nuestras dudas medio inconscientes con mayor precisión. Podemos diferenciar tres aspectos en nuestra tentación ante los sacramentos: a) Parece que nos exponen al peligro de contentar-

nos con la vulgaridad y la rutina, robándonos el interés por las grandes y profundas experiencias religiosas. b) Parece que antepone el legalismo a la religiosidad comprensiva e inteligente. c) Parece que nos perdonan la última entrega del corazón, si cumplimos con la formalidad exterior.

Expliquemos más el sentido de cada dificultad.

Sacramentos y experiencia religiosa

Han existido concepciones religiosas, como por ejemplo los antiguos «misterios», cuyo ideal era conseguir una experiencia psicológica del más allá, una «iluminación». Naturalmente que en su jerarquía de valores quedaba el primer puesto automáticamente reservado a la experiencia religiosa personal. El Neoplatonismo, que veía en el «éxtasis» la actividad cumbre del filósofo, heredaba toda esta tradición.

Si buscamos la razón profunda de ello, la encontramos al punto: un contacto con el Absoluto es un momento grandioso y tremendo en la vida del hombre. Más aún: es un fenómeno social de primera magnitud, porque es una llamada que tuerce los caminos de razas enteras y dispone sobre la historia de la cultura. Pensemos en el residuo de las experiencias religiosas, prescindiendo ahora de su autenticidad, que sirven de base al Budismo y al Islamismo.

Esto supuesto, es lógico que a la búsqueda de ese contacto con Dios se le dé una gran importancia. Se peregrina hasta los famosos santuarios edificadas en memoria de cada verdadera o falsa teofanía; se repiten las súplicas, se copia el estado de ánimo y hasta las posturas de los grandes iluminados, se llega a buscarles a ellos, si viven, con ansia verdaderamente supersticiosa.

Pero en el Catolicismo no es así. Es verdad

que miles de personas viajan hasta Fátima, Lourdes o la Virgen de las Lágrimas en Siracusa. Pero reconozcamos que todo esto tiene siempre entre nosotros un carácter dominantísimo de cosa accesoria y la queja de Kempis (1), por lo que llamaríamos hoy el turismo devoto, la encontramos muy justificada.

Más aún: entre las experiencias místicas de una Sta. Teresa y cualquier Misa normal de un Domingo, sencilla y oscura como la fe, la Iglesia te ordena que prefieras la Misa... Entre la oración taumatúrgica de un S. Francisco Javier y la absolución al parecer insignificante de un cura mediano, te ordenarían que para el perdón de los pecados prefieras la absolución.

Y en general, para el enriquecimiento de nuestra vida sobrenatural y religiosa, junto a muchas cosas interiores que sólo se nos aconsejan, son prácticamente exteriores las únicas que se nos mandan. Porque los sacramentos y la Misa, ya de por sí con buena carga de ritualismo exterior, guardan todo su valor intacto aunque el corazón quede frío. ¿No será en vista de ello posible, como al principio apuntábamos, que la estructura sacramentaria de nuestra religiosidad obligatoria nos exponga al peligro de contentarnos con lo ritual externo y a prescindir de todo esfuerzo serio por lograr una profunda experiencia religiosa?

Sacramentos y religiosidad consciente

Es algo que se deriva de lo anteriormente dicho, o que, más bien, responde a ello en una capa más profunda del análisis. Decíamos antes: el sacramento cuya eficacia defendemos independientemente de lo que se sienta, hace a la larga prescindir del interno sentir. Y ahora: el sacramento que obra en el alma sin necesidad de que se le entienda, motiva a la larga que descuidemos la inteligencia de la fe. Prueba de ello: el nivel verdaderamente bajo de cultura teológica que padecen muchos intelectuales, por lo demás católicos verdaderamente practicantes.

(1) Imitación de Cristo, IV, 1, 9.

Sacramentos y donación absoluta de sí

Como la libertad opera el estrato más íntimo de la persona, la entrega total del hombre a Dios, que es su acto y se realiza en la adoración y la oración, es lo más profundo en un análisis de la vivencia religiosa. Y si falta una verdadera experiencia vivida de lo que es postrarse ante Dios (ésta era nuestra primera dificultad contra la piedad sacramental) y falta también la inteligencia de ello (2.^a dificultad), es prácticamente imposible que se dé la entrega. El hombre que en un sacramento ni siente ni padece, que no entiende, es a la larga muy difícil —por no decir imposible— que se entregue de veras.

Y en total nos queda que sentimiento, inteligencia y sinceridad en la experiencia religiosa, parecen estar amenazados por el cuño sacramental de nuestra piedad.

Y sin embargo...

Hay una gran injusticia en el planteamiento de la primera dificultad. Decíamos allí: «¿Por qué quiere la Iglesia que lo obligatorio de nuestra piedad corra siempre por fórmulas sacramentales, dejándonos olvidar todo lo que es experiencia religiosa?»

Y en esta pregunta encerrábamos una tremenda contradicción. Insistir en lo sacramental no puede ser descuidar la experiencia. Al contrario. Es insistir en ella. Y buscándola no en el camino de una Sta. Teresa o en la oración de un S. Fco. Javier, sino en el camino y la oración de Jesús. Porque los sacramentos son, no alegóricamente o por repetición de procesos exteriores, sino profunda e íntimamente, un eco de la incomparable experiencia religiosa de Jesús. Expliquemos cómo:

Dice Sto. Tomás que cada sacramento rememora la causa, fin y forma de nuestra santificación y elevación a la vida sobrenatural (2). La causa, o sea la Pasión de Jesucristo; el fin, o sea la vida eterna en la paz y la visión infinitas; la «forma» (en el sentido escolástico: esa misteriosa renovación interior, posibilitante en un sentido dinámico y

(2) Summa Theol. 3 q. 60 a. 3.

ontológico de alguna nueva actividad o modo de ser antes imposible): que es la gracia santificante.

Éste es un punto de vista teológico que nadie discute entre los católicos. La explicación se intenta de muchas maneras. Hay quien llega a decir que en el acto de realizarse un proceso sacramental estamos siempre real y verdaderamente presentes, aunque de un modo metahistórico, a la Pasión de Jesucristo. (La llamada teología de los misterios, o de la presencia de los misterios: *Mysteriengegenwart*). Y sin llegar a ello todos convienen en un mínimo, que por pertenecer al depósito de la fe se nos impone como tremenda realidad: Los sacerdotes no inventan ni han podido inventar nada en lo esencial de ningún sacramento. En ellos crece nuestra participación de la naturaleza divina al crecer nuestra gracia santificante, y esta sublimación misteriosa sólo la puede conceder Dios. Y es Cristo en cuanto hombre el que, en un momento de esa su riquísima vida psicológica y religiosa, en plena conciencia de su misión, sintiéndose Gran Sacerdote y Mediador entre nosotros y el Padre, en infinita sujeción y amor a Él, une a esos nuestros pobres actos humanos y exteriores, que tendrán lugar al administrar un sacramento, la irrupción de la gracia en que la Divinidad se nos comunica.

En la casa y en el ser de Dios

Pensemos en la Cena, que es un caso típico. Jesús toma el pan «en sus Santas y Venerables Manos», como dice la liturgia, lo bendice, lo parte y lo da a sus discípulos, diciendo «Éste es mi Cuerpo». Y luego: «Haced esto en memoria de Mí».

Y se da cuenta, en ese interior grandioso de su persona de Dios, donde la naturaleza humana está entregada hasta la donación más total, del don tremendo de la divinización que ha concedido a todos sus hermanos... Se siente absorbido, lleno de vértigo por esta idea, si así se puede decir. Si es verdad que en el conjunto de toda su vida le devora el celo por la causa de Dios (Ps 68¹⁰), sería pasmosa su entrega en este momento: prelude increíble de la Pasión, anegado en el Padre, sintiendo esa maravi-

llosa «inmembración» de todos los hombres en Él, estrechada aún más con los cristianos en un sentido vital, y plétórica de recirculación por la Eucaristía que instituye. La gracia se desborda de Él hacia todos los pobres y los miserables y les deja una prenda infalible por la que, en estricta justicia, se les debe un sitio en la casa y en el ser de Dios.

Y eso quiere que repitan los sacerdotes en su memoria. En fuerza de su misión puede condicionar la gracia a las circunstancias que le parezcan convenir (3). Y en cada sacramento, con la plenitud de su conciencia mesiánica, ha obtenido del Padre una donación magnífica que herede la Iglesia, para cada momento en que repita sus acciones simbólicas un ministro con poder para ello. Pero lo ha de repetir en fuerza de la institución de Jesús y de la Misión de Jesús, de manera que Él, en amor al Padre y a la vez a nosotros, es ministro principal en el sacramento, y el hombre puro instrumento (4).

Parece que tiene bastante poco sentido pensar que alguien debiera estimar más que lo sacramental, una rememoración de experiencias místicas aunque se trate de una Sta. Teresa y aunque al recordarlas las multiplicara por unas cuantas decenas.

Lo que ocurre es que vaciamos de contenido los sacramentos por nuestra increíble pereza. Ellos no están vacíos. Y el no conocerlos no nos excusa todavía del todo, como veremos al estudiar la 2.^a dificultad.

Queda ahora que retengamos bien fijo lo ya dicho: La Iglesia no relega a un segundo término la experiencia religiosa cuando la piedad que impone es la sacramentaria. Quiere, eso sí, que nos acerquemos a la profunda experiencia religiosa de Jesús en cada sacramento, porque con Él y por Él, el mismo Padre y el Espíritu Santo nos salen al encuentro en ellos. Sería equivocado buscarles por caminos más largos y menos sublimes. Jesús quiere que de nuevo en esos momentos vivamos de la riqueza de su alma y «en memoria de Él». Como en la Eucaristía, lo mismo en la confesión y la extremaunción y el bautismo, y en todos los demás sacramentos.

(3) *Summa Theol.* 3 q. 64 a. 3.

(4) *Summa Theol.* 3 q. 62 a. 5.

Sacramentos y religiosidad inteligente

Nuevamente abramos los manuales de teología para ver el porte real de nuestra duda. Solemos decir que los sacramentos causan la santidad interna en el ignorante como en quien inteligentemente los recibe. Aquí apoyábamos nuestra dificultad: como para una piedad sacramentaria no hace falta entender, descuidamos a la larga los católicos la inteligencia de lo religioso.

Volvamos sobre este axioma teológico de que los sacramentos causan su efecto de por sí (lo que se llama «ex opere operato»), se entiendan o no. Es, ciertamente, verdad. Pero entendido así, masivamente, es también, ciertamente, falso. Ello sucede con cada expresión técnica mal aplicada.

Y es que el axioma explica la eficacia de los sacramentos tomados en abstracto: prescindiendo de las circunstancias accesorias que en determinadas ocasiones se requieren. Nos da, por así decirlo, la «quintaesencia» de un sacramento. Lo que se verifica en el bautismo de un niño o con un agonizante adulto de buena voluntad.

Pero éste no es el caso típico de la piedad sacramental. Estos son casos extremos: y está bien fijarnos en ellos porque en los casos extremos es cuando se ve hasta qué punto se puede prescindir de aditamentos laterales y lo que da de sí una cosa determinada. Así conseguimos tener una visión del valor dinámico de por sí encerrado en un sacramento, si nuestra mala disposición no estorba.

Ahora bien: quedarnos sólo con esto sería injusto. Sería como acusar a la legislación española de permitir el asesinato, «porque para casos extremos permite la defensa propia ante el agresor». O como acusar a la medicina de carnicería porque, para gangrenas desesperadas, te mandan que te cortes un brazo. No. Los casos extremos no nos dan todo lo que es la medicina ni todo lo que es la legislación española.

Y así sucede con los sacramentos: en la vida normal de un cristiano los sacramentos requieren siempre una disposición. La confesión es un caso típico. Hay que buscar la experiencia religiosa del dolor. Sentirlo por lo menos espiritualmente —si no sensiblemente

te— mayor que cualquier mal de la vida. Si no, no se perdonan los pecados. Y en el bautismo de adultos sucede lo mismo: si no tienes dolor, al menos de atrición (pero siempre mayor que cualquier mal meramente «mundano»), no se perdonan los pecados ni recibes la gracia del sacramento.

Además hay otro concepto en teología que olvidamos demasiadas veces y es de una importancia grandísima. Es lo que se llama «ignorancia relativa». Viene a reducirse a lo siguiente:

Ya se sabe que, para recibir un sacramento cualquiera, hay que tener normalmente conocimiento de lo que se va a recibir. Quien ignora lo que es el bautismo no puede en conciencia bautizarse. Y así, tampoco confesarse, comulgar, ordenarse de sacerdote, etc. Pues bien: esta ignorancia prohibitoria no es igual para el aldeano, el hombre de la calle en Madrid y el investigador universitario. Lo que para el primero es instrucción suficiente, puede ser, *relativamente* a la coyuntura cultural del segundo, insuficientísimo; y lo mismo la instrucción de éste para el tercero *en relación* con su alto nivel intelectual. Los dos últimos tendrían en este caso una *ignorancia relativa* y sería para ellos pecado quedarse donde están. Tendrían que profundizar sus conocimientos religiosos bajo pena de abstenerse de todo sacramento. Ni el mismo confesor podría absolverles en circunstancias normales mientras se negaran a remediar sus deficiencias. Ya se ve cómo la piedad sacramentaria está lejos de prescindir de esa no pequeña «racionalidad» encerrada en la fe.

Pero, se podría decir, por mucho que los sacramentos exijan inteligencia de los misterios, queda siempre una protesta interna: ¿Por qué el hombre inteligente y con dolor de sus pecados necesita oír *precisamente* las palabras de la absolución y no otras? ¿Por qué no bastaría verlas escritas en una carta del confesor? ¿Por qué aceite precisamente de oliva para la extremaunción? ¿No se ata lo racional a lo material y el espíritu a la tierra?

Es verdad que sí. Y diríamos: gracias a Dios que sí. Es una verdad que algunas direcciones seudomísticas tienden a olvidar: que el hombre es no sólo alma, sino cuerpo y alma. No sólo espíritu, sino espíritu

incarnado. Ello quiere decir que Dios ama la materia y lo material en el hombre: por eso lo hizo así. Si hubiera querido espíritus puros, no nos hubiera creado. Quiere al hombre metido en la causalidad intramundana; atado a su sistema cerrado. Cuando el Verbo se encarnó, nunca detuvo el sol ni la luna.

Es bueno que seamos *también* conscientemente materia. Que vivamos en la verdad de nuestro cuerpo. Todo idealismo extremo acaba siempre en extremo materialismo. Por eso nos vienen muy bien unos granos de materialidad sacramental en nuestra vida cristiana. Y de aquí se deriva una verdad trascendental en nuestra cosmovisión, que explica esos casos extremos en que los sacramentos tienen efecto aun sin concurso ninguno de lo racional: pongamos el bautismo de un niño, la confesión de un rudo que ignora casi todo.

Enunciada brevemente: el catolicismo no ve en la ciencia y la razón el valor supremo del hombre. Más aún, de alguna manera afirma el primado de lo volitivo y lo libre: de la entrega de sí, el sacrificio, el buen deseo, el buen corazón. Cristo y el Padre saben muy bien que lo intelectual está condicionado por un montón de factores sociales exteriores al hombre, que no le hacen mejor ni peor. Por eso saben a su hora prescindir de ello, y por eso instituyeron así los sacramentos.

La última entrega interior y la piedad sacramental

Era la tercera dificultad que nos proponíamos. En realidad, después de resueltas las dos anteriores, no subsiste ya. Si el vivir en nosotros la Pasión de Jesús y su entregarse absoluto es el ideal de una vida sacramentaria, ya se ve que todo tiende en ella a esa entrega del yo que antes creíamos echar de menos.

Únicamente podríamos analizar ese residuo de rito litúrgico, que nos puede parecer desproporcionadamente superdesarrollado, en comparación con lo que normalmente captamos de donación interna. Ahora bien: oponer liturgia y donación interna de sí es

tan inexacto como decir que la sociedad suprime a la persona y la ley a la libertad.

En efecto, la formalidad exterior (acto social, acto de la Iglesia), no es realmente sino el clima en que mejor se puede desarrollar la entrega interna: como la sociedad es el clima de la persona y la ley la culminación de la libertad. Una total entrega a Dios sucedida en la profundidad de la conciencia, tiene que culminar en su eclosión a la materia y a la sociedad: si no, no era total, de todo el hombre. Porque gracias a Dios ya nos vamos convenciendo, de que el carácter social de nuestra vida no es algo que nos yuxtaponemos para vivir mejor, sino que pertenece a lo más íntimo de nosotros. Que es un deber, una responsabilidad, un destino, la única verdad plena del ser del hombre. Y un ermitaño se explica todavía, porque a la sociedad política se ha podido renunciar justificadamente en algunas circunstancias. Pero esto no se puede en el camino de la salvación. La Iglesia, y la Iglesia *sociedad*, es el único camino.

Son categóricas a este propósito las palabras del Concilio Florentino: «Nadie puede salvarse por muchas limosnas que haga, aun cuando dé su sangre por Cristo, si no permaneciere en el gremio y unidad de la Iglesia católica» (Denz. 714). Es decir: no existe posibilidad ninguna de una salvación individual-asocial.

¿Y la religiosidad privada?

Se comprende más profundamente a la luz de lo que hasta aquí hemos escrito. Nada de ello significa una menor valoración de la profunda entrega y el raptó de amor a que se llega, por ejemplo, en la oración mental. Al contrario. Si el acto sacramental quiere tener todo su maravilloso sentido, implica consigo, en una misma unidad dinámica, los actos de religiosidad y adoración personales. Y éstos en muchas ocasiones exigirán la reflexión pausada personal, sobre todo en el sacerdote. Lo mejor no es disminuir lo personal, sino darle su plenitud hasta lo social.

Innsbruck-Austria
Diciembre 1955